



CRÍTICA  
SERGI  
SÁNCHEZ

## La tierra, esa trampa mortal



### La mejor voluntad

Jane Smiley  
Sexto piso  
131 páginas. 15,90 €

Es uno de los más venerados sueños americanos: la Naturaleza como paraíso perdido, reproducir el *Walden* de Thoreau para darle la espalda al capitalismo. Pero ¿se puede vivir con 343 dólares al año? ¿En los 80, y sin electricidad, coche ni agua corriente, bajo el régimen de una estricta economía de subsistencia, construyendo la utopía de una familia feliz bajo el cielo estrellado? Es esta extraordinaria novela breve de Jane Smiley —que sigue a la no menos espléndida *Un amor cualquiera*— una versión inconfesa de *La costa de los mosquitos*, aunque aquí no hay tanto sentido de la aventura como previsión de desastre. Esa práctica del trueque, esa granja como de otro tiempo, es una casa hecha de palillos y el lobo será un niño que soplará y soplará hasta quemarlo todo.

La novela, narrada por Bob, el *paterfamilias*, apenas tiene tres, cuatro momentos significativos dramáticamente, que marcan su tempo estructural de un modo implacable, y esa sensación, tan frecuente en la literatura norteamericana, de que va a ocurrir algo que es irreparable. Todo empieza cuando



La escritora Jane Smiley.

Tom, el hijo de sonrisa tensa y habla nerviosa, le rompe las muñecas a una compañera de clase, de raza negra y pudiente. ¿Racista el hijo educado en la modestia de la agricultura ecológica, el respeto por los ciclos estacionales y las herramientas hechas a mano? Es un síntoma de que esa utopía se tambalea, que solo está construida para satisfacer el ego de un hombre nu-

blado mientras su mujer busca la idea de Dios y su hijo se venga de aquellos privilegiados a los que le gustaría parecerse. Esa utopía, pues, da paso al sentimiento trágico de la vida que atravesaba una novela como *Herederás la tierra*: la envidia, los celos, la inseguridad, la resistencia al fracaso descifrada como vano orgullo, la decepción de la paternidad y la filiación.

Al principio el lector puede dudar de la voz narrativa del protagonista. Smiley describe su subjetividad con tal finura que cuesta reconocer a un hombre de campo, en teoría poco dado a la reflexión, adicto al trabajo manual. Pero a medida que le conocemos y vislumbramos sus dudas sobre el camino vital que ha tomado, entendemos que Smiley nos está preparando para el último, brutal último capítulo. «Debe ser que tengo un poderoso sentido estético», dice Bob, «porque detecto las yuxtaposiciones correctas e incorrectas de formas, gustos, colores, texturas, continuamente, como una especie de mecanismo de relojería que se apaga». El caso es que, al final del trayecto, Bob ha aprendido cuál es su lugar en el mundo, que no es precisamente el que se había construido al margen de la civilización. Y Smiley contempla el fracaso de su sueño como una suerte de iluminación, aunque a lo largo del proceso su ceguera haya dejado unas cuantas víctimas a su paso, la compra de un televisor, una terapia de pareja, y el contraste entre dos casas que eran símbolo de dos estilos de vida que, en cierto modo, se admiraban mutuamente. ■



CRÍTICA  
MARTA  
MARNE

## Deslumbrante laberinto de espejos

Manfred Baumann es un hombre anodino que lleva una vida sin sobresaltos en la localidad francesa de Saint-Louis. Es director de banco, no está casado, come cada día en la misma mesa del Restaurant de la Cloche y se siente orgulloso de ser la última incorporación al grupo de partidas semanales de bridge. Desde su pequeño rincón del mundo se ha fijado en Adèle Bedeau, la camarera que siempre le atiende. Una mañana la joven no acude a trabajar y esa ausencia pone en alerta a los habituales del bistró.

La *desaparición de Adèle Bedeau* es la primera novela de Graeme Macrae Burnet, autor de la finalista del Premio Booker *Un plan sangriento*. A pesar de lo que podamos pensar por el título del libro, la trama centra el foco sobre Manfred y sobre Gorski, un inspector de pro-

vincias obsesionado con un caso que nunca logró resolver. Gorski no tardará en sospechar de Manfred, y toda la obra se convertirá en un laberinto de espejos en el que el narrador tratará de convencernos a partes iguales de la culpabilidad e inocencia de Manfred. Para conseguirlo recurrirá a una serie de clichés y de lugares comunes dentro del género pero, gracias a cómo se sirve de ellos para retorcerlos y generar suspense, la narración resulta deslumbrante.

Como broche final, la novela cuenta con un epílogo del propio autor en el que a través de un juego metaliterario nos habla de Raymond Brunet, el supuesto verdadero escritor del libro. De cómo la obra se convirtió en un éxito tras su publicación original en 1982 y cómo su adaptación al cine se transformó en un film de culto. Una ópera prima apasionante. ■



### La desaparición de Adèle Bedeau

Graeme Macrae Burnet  
Impedimenta 336 pág. 22,60 €

### HOTEL CADOGAN

## María Luisa Bombal, la abeja de fuego

Qué alborozo el rescate de María Luisa Bombal (Viña del Mar, Chile, 1910 - Santiago, 1980). Qué placer zambullirse en su universo sensual, plagado de recovecos e imágenes superpuestas como un colaje surrealista, qué brillante manera de bucear en el deseo. Así describía un orgasmo femenino: «Su cuerpo me cubre como una grande ola hirviendo, me acaricia, me que- ma, me penetra, me envuelve, me arrastra desfallecida [...], y no sé por qué me es dulce quejarme, y dulce a mi cuerpo el cansancio infligido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos».

Tal vez su vida excesiva, el mal tino en el amor, eclipsaron el valor de su escritura. Rabiosa por los celos, despechada, disparó a su amante, Eulogio Sánchez, en plena calle con una pistola del calibre 22; no le causó gran daño, pero pagó con la cárcel. Él la perdonó y pudo rehacer su vida en Nueva York. Después, años de alcoholismo.

En cualquier caso, en este viejo hotel estamos que no cabemos de gozo tras la reedición, en Seix Barral, de su narrativa completa: dos novelas cortas (*La última niebla* y *La amortajada*) y cinco cuentos, una obra muy breve, como la misma vida, pero profunda y relampagueante. El libro se presenta en una edición muy completa, con ilustraciones de Paula Bonet, cuyo estilo pictórico se aviene de maravilla

con los textos: trenzas que son serpientes, una caracola con secretos en su interior, una medusa hecha de agua volátil, inaprensible como el misterio. Respetada por Borges y el poeta Neruda —él la bautizó como «la abeja de fuego»—, ensalzada por Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, la posteridad

prefirió a nuestra amiga Bombal muerta y amortajada, como a tantas otras mujeres del boom latinoamericano, aun cuando en la escritura de la chilena latía potente la savia del realismo mágico desde la primera línea, desde esa difunta que, metida en el ataúd, ajusta cuentas con quienes acuden al velatorio. ¿Por qué tantos años de olvido? ¿Porque escribió poco? Bueno, tampoco Juan

Rulfo fue pródigo en tinta y su maestría jamás se discutió. Precisamente falleció este domingo alguien que supo hallar certeras similitudes entre ambos, el escritor argentino Juan Forn: «Los dos hacían hablar a los muertos; los dos lograron lo mismo, una con la niebla y el otro con el calor; los dos bebían como cosacos y los dos padecieron el resto de sus vidas no escribir más». A nosotros nos da igual; seguiremos leyéndolos a los dos en bucle. Lo que dure la eternidad. ■

OLGA MERINO

